

EL FUTURO DEL MOVIMIENTO ECUMENICO

Cualquiera sea la evaluación que se haga del futuro del Movimiento ecuménico, una cosa es segura: el éxito del Movimiento ecuménico depende en última instancia de la gracia de Dios. La calidad de nuestra contribución al futuro del ecumenismo dependerá de la forma en que respondamos a la gracia de Dios. Así pues, es axiomático que enfrentamos el futuro del movimiento ecuménico como pueblo de fe y pueblo en oración.

CONFESAR NUESTRA FE

Por este motivo, y también por el hecho de que estamos participando en una Conferencia Mundial de Fe y Constitución, pienso que es apropiado iniciar esta exposición con una «confesión» de fe, un testimonio personal, si Ustedes quieren, acerca del Movimiento ecuménico.

– Creo que Jesucristo llama a sus discípulos a la unidad y que el actual movimiento hacia la unidad visible de los cristianos, el Movimiento ecuménico, es un **gran don de la gracia de Dios** mediante el cual respondemos a la oración de Cristo de que sus discípulos sean uno (cf. Jn 17,21).

– Creo que, ante el mal y los desastres que a menudo afrontamos: la guerra, las drogas, la violencia en todas sus formas, Dios llama a los cristianos a reconciliarse unos con otros para que puedan ser agentes de reconciliación en la sociedad; creo que los logros del Movimiento ecuménico ofrecen esperanza a la sociedad porque demuestran que la gracia

de Dios puede curar las divisiones y ayudar a la humanidad a avanzar hacia la reconciliación (cf. 2 Cor 5,16-21).

- Creo que toda tendencia de los cristianos a la división, o su consentimiento en mantener la división, es contraria a la voluntad de Dios, y que Dios nos llama a elevarnos por encima de la división, por encima de toda tendencia pecaminosa a la división, por encima de toda situación que impida establecer lazos de *koinonía* entre los cristianos, y por encima de todo factor que obstaculice su peregrinación hacia la plena *koinonía* en Cristo.

- Entre los avances ecuménicos que se han hecho a lo largo de estos decenios y que nos han traído a Santiago de Compostela, deseo destacar los siguientes: las convergencias y los acuerdos en materia de fe logrados mediante el diálogo; el testimonio común en el que juntos hemos aplicado los valores del Evangelio a los problemas sociales; la oración común que nos ha motivado y nos ha recordado el llamamiento de Dios a la unidad, el surgimiento de las iglesias unidas y en vías de unión y de estructuras ecuménicas que favorecen nuestra reconciliación. Creo que estos progresos son dones de la gracia de un Dios de amor.

- Creo que, si bien hemos hecho sensibles progresos *hacia la koinonía* en la fe, la vida y el testimonio, Dios nos pide que lleguemos más lejos aún: a la *plena koinonía* en la fe, la vida y el testimonio, a la unidad visible.

- Creo que, en palabras del Decreto sobre el Ecumenismo del II Concilio Vaticano, «este santo propósito de reconciliar a todos los cristianos en la unidad de la una sola y única Iglesia de Cristo supera las fuerzas y la capacidad humanas». Por eso ponemos plenamente nuestra esperanza «en la oración de Cristo por la Iglesia, en el amor del Padre a nosotros, en el poder del Espíritu Santo»¹.

Al mismo tiempo, para alcanzar este objetivo de la unidad visible creo que Dios continuamente nos llama a cooperar con la gracia; en primer lugar, mediante la conversión de la mente y el corazón así como por el arrepentimiento por las divisiones y el deseo de unión, que, como dice el Decreto sobre el ecumenismo, el Señor de los tiempos ha comenzado úl-

¹ II Concilio Vaticano, Decreto sobre el Ecumenismo *Unitatis Redintegratio*, n. 24.

timamente a infundir con mayor abundancia en los cristianos separados entre sí², y en segundo lugar, a través del diálogo continuo, el testimonio común, la oración y los muchos medios por los que se puede fomentar la reconciliación.

Puesto que el futuro depende de Dios, nuestra contribución al futuro del ecumenismo dependerá de la profundidad de nuestro compromiso enraizado en la fe. La peregrinación hacia la *koinonía* en la fe, la vida y el testimonio ha de ser un acto de adoración; la oración debe impregnarla de apasionado vigor.

DAR CUENTA DE NUESTRA ESPERANZA

La peregrinación hacia la unidad también se debe caracterizar por la esperanza. Nuestra fe nos exige dar cuenta de la esperanza que hay en nosotros. A través del Movimiento ecuménico, que ha surgido «por el impulso del Espíritu Santo»³, somos hoy *partícipes* de una transición, a medida que la gracia de Dios nos conduce de la separación a la *koinonía*. El tiempo actual es, pues, un tiempo de esperanza, un tiempo en el que miramos al futuro con esperanza.

Los cristianos hemos comenzado a sustituir los muros de separación por *lazos* de comunión, vinculándonos cada vez más visiblemente como los hermanos y las hermanas en Cristo que somos. Los resultados de los diálogos bilaterales y multilaterales están mostrando lo mucho que efectivamente compartimos de la fe apostólica. El Movimiento de Fe y Constitución, guiado por la Comisión de Fe y Constitución del Consejo Mundial de Iglesias, ha sido uno de los principales participantes en esta transición, y ha ayudado a disipar las tinieblas de la separación e iluminar el camino de nuestra peregrinación hacia la unidad.

Nuestra esperanza, pues, se nutre de lo que ya hemos logrado. En los treinta años transcurridos desde la Cuarta Conferencia Mundial de Fe y Constitución, celebrada en Montreal, hemos sido testigos de muchos acontecimientos memorables del Movimiento ecuménico, algunos, aunque no todos, relacio-

² UR, n. 1.

³ *Ibid.*

nados directamente con Fe y Constitución. Esos hitos son un estímulo para nuestra esperanza y una base para nuevos progresos.

Pensamos en los importantes pasos dados en los últimos años con objeto de *superar las diferencias de las formulaciones cristológicas*, que dividen a los cristianos desde hace más de 1.500 años, desde el Concilio de Calcedonia (451 d.C.). Así ha ocurrido en el diálogo entre la Iglesia Católica y varias Iglesias orientales ortodoxas precalcedonenses⁴, lo mismo que en las relaciones entre Iglesias ortodoxas (bizantinas) e Iglesias orientales ortodoxas precalcedonenses. Deseo recordar a este respecto la labor precursora realizada por la Comisión de Fe y Constitución mediante su grupo de estudio sobre el Concilio de Calcedonia⁵.

Fueron también jalones el histórico encuentro de 1964 en Jerusalén del Papa Pablo VI y el Patriarca Ecuménico Atenágora I y su declaración común de 1965 por la que se abandonaron los anatemas mutuos de 1054 y se adoptó el diálogo como medio de alcanzar la comunión plena⁶.

Otro acontecimiento culminante fue sin duda la publicación por Fe y Constitución, en 1982, de *Bautismo, Eucaristía y Ministerio* (BEM). Fruto de 55 años de reflexión, los acuerdos y las convergencias teológicas de que se da cuenta en el BEM son ejemplo de importantes pasos en la *evolución gradual* hacia un común reconocimiento por los cristianos ortodoxos, protestantes, anglicanos y católicos de la fe apostólica y la vida sacramental únicas.

⁴ En la declaración conjunta sobre cristología del Papa Shenuda, de la Iglesia Copta Ortodoxa, y del Papa Pablo VI (1973), en: PCPUC (Ciudad del Vaticano), *Information Service* [= IS, seguido de n. y p.] 76 (1991/I) 9. Cf. Declaración conjunta del Papa Juan Pablo II y Mar Ignatius Zakka I Iwas, Patriarca Sirio de Antioquía y todo el Oriente (IS 55, p.62). Relación del diálogo entre la Iglesia Siria Malankar Ortodoxa y la Iglesia Católica Romana, 1990 (IS 73, p. 39).

⁵ Cf. las Relaciones en: *New Directions in Faith and Order* (Bristol 1967).

⁶ Declaración común del Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras I, 7 de diciembre de 1965, en: Austin Flannery (dir.), *Documents of Vatican II* (Grand Rapids: W.B. Eerdmans) 471-473.7 Johannes Cardinal Willebrands, 'The Future of Ecumenism', in *One in Christ* (1975-4) 310-323.

En el Acuerdo de Leuenberg de 1973 muchas iglesias reformadas, luteranas y unidas, en su mayoría de Europa, dejaron sin efecto las condenas mutuas de siglos pasados. La lista de jalones es en realidad mucho más larga. Pero incluso respecto de estos logros, sigue siendo necesario el crecimiento y el desarrollo de las relaciones entre las iglesias participantes. Es preciso que la recepción continúe.

Nuestra esperanza para el futuro también reside en el grado de comunión que ya compartimos. Estos hitos que acabo de mencionar son signos de esa comunión. Mi predecesor, el Cardenal Juan Willebrands, publicó en 1975 un artículo titulado «El futuro del ecumenismo»⁷, en el que reflexionaba sobre la teología de comunión. He aquí su conclusión:

«Creo que puedo decir ... que la profundización de una eclesiología de comunión y el trabajo que se llevará a cabo para lograr una formulación equilibrada de esa eclesiología están llenos de promesas para el ecumenismo de mañana; ésta es, quizás, incluso la mayor promesa»⁸.

¡Cuán proféticas fueron estas palabras! En los dieciocho años transcurridos desde entonces hemos visto cómo la noción de eclesiología de comunión ha ido adquiriendo cada vez más importancia, tanto para la propia concepción eclesiológica de las Comuniones Cristianas Mundiales⁹ como para el diálogo ecuménico. En muchos diálogos, el empleo de una eclesiología de comunión ha sido la clave para desbloquear las divergencias entre cristianos separados y revelar los vínculos de comunión que ya existen entre ellos¹⁰.

⁸ *Ibid.*, 323.

⁹ En 1990, p.ej., la Federación Luterana Mundial modificó su constitución para definirse a sí misma como una «comunión de iglesias». El Sínodo episcopal extraordinario de la Iglesia Católica celebrado en 1985 recordó la importancia que había tenido el concepto de eclesiología de comunión para las reflexiones del II Concilio Vaticano sobre la Iglesia.

¹⁰ Muchos de los diálogos bilaterales internacionales en los que participa la Iglesia Católica han centrado su atención en la eclesiología de comunión. La *Relación Final* de 1981 de la Comisión Internacional Anglicana/Católica Romana (*Anglican Roman Catholic International Commission* = ARCIC) se basaba en una eclesiología de comunión, y la ARCIC II siguió desarrollando este tema en su declaración *La Iglesia como comunión* (1990). En nuestro diálogo con los ortodoxos se ha elaborado una eclesiología de comunión que refuerza nuestra concepción

Que esto es cierto en el diálogo multilateral lo atestigua el tema de esta Conferencia Mundial: «Hacia la *koinonía* en la fe, la vida y el testimonio». Se refleja asimismo en la Declaración sobre la unidad de la Asamblea General del CMI celebrada en Camberra (1991), que fue preparada por Fe y Constitución, cuyo título es «La unidad de la Iglesia como *koinonía*: don y vocación», que es también uno de los principales aspectos del documento preparatorio de esta Conferencia Mundial.

Pero ahora, creo, *hemos dado un paso más adelante*. Los cristianos separados han adquirido mayor conciencia de cierta comunión, aunque imperfecta, que comparten¹¹. Han empezado a experimentar juntos algunos de sus aspectos, a expresarla más claramente. Hemos comenzado a experimentar juntos el misterio de la *koinonía*. Esta misma Conferencia Mundial es testimonio de ello.

No obstante, es demasiado obvio que siguen existiendo graves obstáculos para la comunión plena. Si bien hemos empezado a estudiar juntos la historia de nuestras separaciones¹², aún no se han curado amargos recuerdos de siglos pasados. Aunque ahora podemos hablar de convergencia e incluso acuerdo sobre cuestiones de la fe apostólica que en otra época caracterizaron nuestra separación, todavía no hemos podido llegar a un pleno acuerdo sobre ciertos problemas clave, incluida la naturaleza y la misión de la Iglesia¹³. Durante decenios nos hemos empeñado en la oración común por la unidad,

común de la fe, la vida y la sucesión apostólica. Nuestro diálogo con la Iglesia Cristiana (Discipulos de Cristo) acaba de publicar su Relación sobre doce años de trabajo centrado en el tema «La Iglesia como *koinonía*». Una Relación reciente del diálogo internacional entre la Iglesia Católica y algunas Iglesias Pentecostales clásicas se titula *Perspectivas sobre la koinonía*. Se podrían citar más ejemplos.

¹¹ UR, n. 3.

¹² Véase por ejemplo *Towards a Common Understanding of the Church (Hacia una comprensión común de la Iglesia)*, relación de la segunda fase del diálogo internacional entre reformados y católicos, 1984-1990: IS 74, cap. 1 («Toward a Reconciliation of Memories») (Hacia una reconciliación de las memorias»). También Karl Lehmann y Wolfhart Pannenberg (dir.), *The Condemnations of the Reformation Era: Do they still divide?* (Minneapolis 1989).

¹³ En *Towards a Common Understanding of th Church*, p.ej., después de encontrar convergencias sobre la Iglesia, se indican, en el capítulo 3, problemas básicos de eclesiología que sigue siendo necesario estudiar.

pero aún subsisten demasiadas situaciones en las que actuamos mutuamente con espíritu de hostilidad o de competencia. Si bien hemos asumido juntos un compromiso de servicio a la humanidad en pro de la justicia, la paz y la integridad de la creación, sigue habiendo graves obstáculos que dificultan nuestro testimonio y nuestra misión en común. Son muchos todavía los cristianos que no participan en el Movimiento ecuménico moderno y muchos los que en nuestros círculos de influencia aún siguen siendo indiferentes. Tenemos gran necesidad de convertir nuestras mentes y nuestros corazones en relación con otros cristianos (cf. UR, n.7) y de una firme resolución no sólo para superar antiguos obstáculos, sino también para impedir la creación de nuevos obstáculos al ecumenismo y el surgimiento de nuevas fuentes de amargura. En este tiempo de transición hay un programa de trabajo inacabado que requiere nuestra urgente atención.

«HACIENDO LA VERDAD EN CARIDAD» (Ef 4,15)

Nuestra esperanza respecto del futuro se refuerza no sólo por lo que ya se ha logrado sino también por la expectativa de que lo que aún queda por alcanzarse sea en efecto conseguido. El lema ecuménico preferido del Cardenal Agustín Bea¹⁴, Presidente fundador del Secretariado para la Unidad de los Cristianos (1960-1968), estaba tomado de Efesios 4,15: «Más bien, hablando la verdad en un espíritu de amor, debemos crecer en todo hacia Cristo, que es la cabeza del cuerpo». La traducción de la versión latina de la Vulgata dice «haciendo la verdad en caridad». «*Hablando la verdad en amor*»-«*Haciendo la verdad en caridad*»: ambas versiones nos recuerdan que mientras haya un cierto número de problemas por resolver en el futuro, la *manera* de abordar esos problemas es tan importante como el *hecho* de que los abordemos.

El Movimiento ecuménico siempre ha sido un mosaico de diferentes movimientos interrelacionados, cada uno de los cuales contribuye de una manera particular a la unidad que buscamos. Creo que siempre será así. En el Decreto sobre el

¹⁴ Véase Thomas F. Stransky CSP y John B. Sheerin CSP (ed.), *Doing the Truth in Charity. Ecumenical Documents I* (Nueva York/Ramsey 1982). General Introduction, p. 3.

Ecumenismo, al que los católicos seguimos recurriendo como fuente de inspiración, se describe, en el párrafo 4, la variedad del Movimiento ecuménico, por el que se entiende «las actividades e iniciativas que se emprenden y organizan para fomento de la unidad de los cristianos según las diversas necesidades de la Iglesia», en particular el diálogo, la cooperación para el bien común de la humanidad, la oración en común, la renovación y la reforma dentro de la Iglesia. Su visión, que hoy sigue siendo válida, es que esas diversas actividades ayudarán «poco a poco» a superar los obstáculos a la comunión eclesial perfecta.

En esta auspiciosa ocasión celebramos de un modo particular el Movimiento de Fe y Constitución, pero recordamos que es sólo un movimiento importante entre otros, de los cuales el Movimiento misionero y el de Vida y Acción, que se iniciaron a comienzos de este siglo y han conducido el Movimiento ecuménico único hasta la etapa en que hoy se encuentra. El Movimiento de Fe y Constitución, en cierto sentido tuvo su origen en el seno del Movimiento misionero. De estos movimientos interrelacionados nació el Consejo Mundial de Iglesias.

Lo que cada uno de estos movimientos representa sigue siendo necesario y sigue contribuyendo a nuestra búsqueda de la unidad visible. Hay muchas relaciones en las que se debe buscar la reconciliación, muchas oportunidades de «hablar la verdad en amor», y de «obrar la verdad en caridad» para que «crezcamos en todo hacia Cristo, que es la cabeza del cuerpo». Lo que se necesita para el futuro es un enfoque global que continúe aportando al movimiento único para la unidad visible de todos los cristianos las perspectivas particulares de la *koinonía* de cada uno de esos movimientos.

Un gran acontecimiento ecuménico reciente ha sido el programa y movimiento de Justicia, Paz y Salvaguarda de la Creación (JPSC). Los problemas planteados a este respecto han favorecido la profundización de las relaciones entre los cristianos de Europa y en distintas partes del mundo. Estos temas seguirán creando vínculos entre los cristianos que procuran llevar al mundo los valores evangélicos, que continúan «obrando la verdad en caridad» (Ef 4,15). Es de desear que las relaciones entabladas entre Fe y Constitución y el programa de JPSC se profundicen en el futuro, pues estoy convencido

de que el mandato de misión y servicio al mundo debe enraizarse y alimentarse en la fe para ser verdaderamente cristiano y eficaz a largo plazo.

Al celebrar hoy la acción de Fe y Constitución, tenemos que reflexionar sobre su particular importancia y su programa. Porque en la fe precisamente estamos vinculados *verticalmente*, por así decirlo, con Dios y compartimos la vida de la Trinidad. En la fe, los cristianos estamos vinculados *horizontalmente*, unos con otros como hermanos y hermanas en el cuerpo de Cristo, y compartimos lazos de *koinonía* en la comunidad. Es la fe la que nos hace partícipes en la comunión de los santos, nos liga a la vida de la Iglesia *a través de la historia entera*: a los hechos de los Apóstoles, los primeros misioneros de la Iglesia; a Pentecostés, cuando nació la Iglesia y los discípulos de Cristo fueron enviados en misión; a la misión y los actos de salvación de Cristo mismo, y a aquellos primeros acontecimientos de la historia de la salvación antes de Cristo, designados por Dios para preparar su camino. Es especialmente por la fe por la que estamos relacionados con todas esas riquezas de la historia del amor salvífico de Dios por la humanidad. Misión y servicio son tareas de los cristianos aquí y ahora, en el momento actual; pero es la fe la que vincula la misión y el servicio aquí y ahora con la misión y el servicio del pasado y del futuro.

En el gran encargo asignado por el Cristo resucitado a sus discípulos después de la resurrección, según se narra en el evangelio de Mateo, Jesús exhorta a sus discípulos a ir en misión, a bautizar a todas las naciones, y «enseñadles a cumplir todo lo que os he mandado»¹⁵. En Fe y Constitución, precisamente, estudiamos juntos lo que Jesús nos ha confiado, para que juntos en la misión y el servicio podamos llevar al mundo esa enseñanza de Cristo: el Evangelio.

Puesto que el programa de Fe y Constitución no está acabado, ¿cuáles son los problemas a que aún es preciso hacer frente «en caridad»?

En los informes de las reuniones bilaterales internacionales se ha dado cuenta de convergencias o acuerdos sobre importantes temas, al tiempo que se han señalado otros pro-

¹⁵ Mt 28,19-20.

blemas por resolver antes de que la reconciliación entre los participantes pueda ser una completa realidad¹⁶.

También las respuestas a los estudios de Fe y Constitución han sido ilustrativas a este respecto. En las respuestas oficiales de las iglesias al BEM se expresó un alto grado de convergencia y acuerdo sobre «el Bautismo, la Eucaristía y el Ministerio». Se señalaron también aspectos en los que se requería un estudio más a fondo y, en algunos casos, problemas que apenas *habían* sido abordados. La reciente publicación de Fe y Constitución *Baptism, Eucharist and Ministry 1982-1990. Report on the Process and Responses* tiene una sección al final de la parte analítica en la que se hacen consideraciones provisionales sobre los principales problemas que es preciso seguir estudiando¹⁷. Entre ellos figuran los temas siguientes: Escritura y Tradición, sacramento y sacramentalidad, y perspectivas de la eclesiología.

En los diálogos, bilaterales y multilaterales, hay convergencia en cuanto a que las cuestiones de eclesiología y la misión de la Iglesia constituyen una parte importante del programa inacabado que debe abordarse si queremos avanzar hacia la *koinonía* en la fe, la vida y el testimonio. Varias reuniones bilaterales en las que participa la Iglesia Católica han centrado su atención en la eclesiología y han señalado aspectos eclesiológicos que es preciso seguir estudiando¹⁸. Y, según el citado informe de Fe y Constitución, las respuestas al BEM indican que las iglesias han pedido que se profundice el estudio de varios temas de eclesiología, a saber:

la relación entre el ministerio ordenado y el sacerdocio de todo el pueblo de Dios; ...el magisterio autorizado y los procesos de adopción de decisiones; la relación entre las dimensiones local y universal de la Iglesia; el servicio a la unidad de las iglesias en

¹⁶ Cf., p. ej., la nota 12. También *The Apostolic Tradition (La Tradición Apostólica)*, Relación de la Comisión Mixta de la Iglesia Católica y del Consejo Metodista Mundial (Quinta fase: 1986-1991), nn. 86-98: IS 78, pp.223-225.

¹⁷ *Baptism, Eucharist, Ministry 1982-1990. Report on the Process and Responses* [Documento de Fe y Constitución, n. 149] (Ginebra 1990).

¹⁸ Cf. las notas 12 y 15. También, *Summons to Witness to Christ in Today's World (Llamada a dar testimonio de Cristo en el mundo actual)*, Relación de las conversaciones internacionales entre Bautistas y Católicos (1984-1988) n. 48: IS 72, pp.11-12

el plano universal y sus consecuencias para el magisterio y la adopción de decisiones¹⁹.

Según el informe, en muchas respuestas al BEM se pedía que la eclesiología fuera una prioridad en los futuros estudios de Fe y Constitución²⁰.

La Iglesia Católica está de acuerdo con esta evaluación. La importancia de este informe radica en que son las *iglesias* mismas, y no únicamente una comisión de diálogo, las que han formulado esas peticiones respecto del futuro programa de diálogo. Nuestro programa de trabajo futuro pondrá a prueba nuestra paciencia ecuménica, nuestra perseverancia ecuménica, nuestra capacidad de «obrar la verdad en caridad». Pero como nos recuerda San Pablo en su magnífica meditación sobre el amor, en 1ª Corintios: «El amor es sufrido, es benigno, todo lo espera, todo lo soporta» (1 Cor 13,4,7).

El programa inacabado de diálogo está directamente relacionado con la recepción oficial de los informes sobre los diálogos. Diálogo y recepción están interrelacionados. Los diálogos favorecen la colaboración y el testimonio común entre las iglesias incluso antes de que se den respuestas oficiales a los informes sobre el diálogo²¹. Cuando una iglesia estudia esos documentos, comienzan a tomar forma en su vida nuevas perspectivas sobre el interlocutor, nuevos conocimientos acerca de la dimensión de la fe y la vida cristiana ya compartidas con el interlocutor, que allanan el camino para relaciones ecuménicas más profundas entre las iglesias. Esto, a su vez, es un estímulo para que en los diálogos se sigan abordando los problemas que impiden la plena reconciliación.

Es mucho lo que queda por hacer en esta esfera de la recepción. En efecto, tenemos que admitir que estamos realmente sólo en el comienzo de este proceso vital. Es imperioso reflexionar más a fondo sobre «las estrategias de recepción» y dedicar mayores esfuerzos a ese proceso. Asimismo, en ciertos casos podría ser más oportuno iniciar el proceso oficial de recepción sobre temas concretos tratados en el diálogo una

¹⁹ *Baptism, Eucharist, Ministry 1982-1990*, 148.

²⁰ *Ibid.*

²¹ 'Strategies for Reception: Perspectives on the Reception of Documents Emerging from the Lutheran-Catholic International': IS 80, p.42.

vez estudiados otros problemas básicos, por ejemplo, la concepción general de la Iglesia.

Parece claro, pues, que entre los temas que constituyen el programa inacabado de Fe y Constitución, los relativos a la eclesiología tienen una importancia decisiva, tanto para la recepción de otros acuerdos que resulten de los diálogos como, en general, para el progreso de nuestra peregrinación hacia la unidad que buscamos.

CONCLUSION

Uno de los conceptos más profundos del Decreto sobre el Ecumenismo relativo a las futuras orientaciones del ecumenismo se expone en el n. 24. Se dice allí que las iniciativas ecuménicas deben progresar «sin que se ponga ningún obstáculo a los caminos de la Providencia ni se estorbe a los impulsos futuros del Espíritu Santo»²².

¿Qué ofrece la Iglesia Católica mientras continuamos nuestra peregrinación ecuménica hacia la *koinonía* en la fe, la vida y el testimonio, permaneciendo abiertos a futuras inspiraciones del Espíritu Santo?

Ofrece, ante todo, un compromiso irrevocable con la búsqueda de la unidad visible, unidad que engloba y respeta toda diversidad legítima²³. Comparte este objetivo de la unidad visible que está en la médula misma del Consejo Mundial de Iglesias, inscrito en su propia Constitución, y que constituye la especial tarea de Fe y Constitución.

El compromiso de la Iglesia Católica con el ecumenismo es irrevocable porque el ecumenismo es para ella una *prioridad pastoral*²⁴. El ecumenismo atañe a la vida misma de la Iglesia, pues tiene que ver con una de las características, a saber, la unidad, que hacen de la Iglesia lo que es y lo que le

²² UR, n.24.

²³ 'The Twenty Fifth Anniversary of the Secretariat for the Promoting Christian Unity. Pope John Paul II's Adress to the Roman Curia' ('El vigésimoquinto aniversario del Secretariado para la Promoción de la Unidad de los Cristianos. Discurso del Papa Juan Pablo II a la Curia Romana' (28 de junio de 1985): IS 59, p.5.

²⁴ *Ibid.*

permite ser un instrumento en las manos de Dios para llevar el Evangelio de reconciliación al mundo.

En segundo término, la Iglesia Católica ofrece un profundo y renovado compromiso con Fe y Constitución.

Gran parte de la riqueza del espíritu ecuménico de la Iglesia Católica procede del estímulo de sus contactos con los interlocutores ecuménicos, con hermanos y hermanas en la fe de otras iglesias y comunidades eclesiales. La participación en Fe y Constitución ha contribuido a modelar la convicción ecuménica católica, porque Fe y Constitución ha mantenido ante todos nosotros, la convicción de que el objetivo del Movimiento ecuménico no es otra cosa que la unidad visible de los cristianos. ¿Han observado Ustedes alguna vez en qué gran medida las posiciones adoptadas en los documentos de Fe y Constitución y la noción de unidad visible expuesta en la Declaración de Camberra de 1991 están en la misma línea que las perspectivas de renovación abiertas por el Segundo Concilio Vaticano y consignadas en documentos de ese concilio, tales como *Lumen Gentium* y *Unitatis Redintegratio*?

Al cursar en 1987 su respuesta oficial al documento de Fe y Constitución *Bautismo, Eucaristía y Ministerio*, la Iglesia Católica expresó su satisfacción por la convergencia sobre temas centrales de fe que el BEM presentaba. Dijo que el BEM era un resultado y un aporte significativos para el Movimiento ecuménico. Señaló que el BEM demostraba claramente que se estaban haciendo importantes progresos en la búsqueda de la unidad visible de los cristianos²⁵. Esa respuesta, en que se decía también que la Iglesia Católica deseaba estimular a Fe y Constitución a que prosiguiera su valiosa tarea de búsqueda de la unidad en la fe como base de la unidad visible, terminaba con una promesa de renovado compromiso:

Volvemos a comprometernos junto con otras iglesias y comunidades eclesiales en esa trascendental tarea a la que Cristo nos llama a todos nosotros²⁶.

²⁵ Respuesta católica al BEM en: Max Thurian (dir.), *Churches Respond to BEM*, vol. VI (Documento de Fe y Constitución, n.144) (Ginebra 1988) 40.

²⁶ *Ibid.*

Quisiera reiterar hoy esa promesa. Consideramos la labor de Fe y Constitución encaminada a buscar la unidad visible en la fe apostólica única y la vida sacramental única como uno de los aspectos básicos del Movimiento ecuménico. Renovamos nuestro compromiso de trabajo con Fe y Constitución en pro de ese objetivo que proclama.

EDWARD IDRIS CARDENAL CASSIDY

Presidente del Pontificio Consejo
para la Promoción de la Unidad de los Cristianos.
Ciudad del Vaticano.